



UNA MISMA SANGRE

Tres mujeres. Tres generaciones.
Un destino que las une.

DENENE MILLNER


ESPASA

DENENE MILLNER

UNA MISMA SANGRE

Traducción de Albert Fuentes Sánchez



Título original: *One Blood*

© Denene Millner, 2023

Rights granted through Victoria Sanders & Associates, USA, in conjunction with Silvia Bastos

© por la traducción, Albert Fuentes Sánchez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-670-7252-5

Depósito legal: B. 382-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S.L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

La sangre nunca le impresionó demasiado a Grace. La tía Rubelle la había acostumbrado muy pronto, cuando era pequeña, mucho antes de permitir a su única nieta, su aprendiz, ocuparse del fogón la primera vez que asistió a un parto, antes incluso de que a Grace le bajasen esas primeras gotas de sangre por la ingle. Allí estaba, su primera regla, formando un reguero granate que le bajaba por la pantorrilla y el tobillo hasta gotear sobre la tierra espesa y fértil de Virginia, en la que había plantado los pies para recoger las pinzas del tendedero. Grace ladeó la cabeza y la observó asombrada un solo instante, luego enfiló hacia la letrina para hacerse una compresa tal y como la tía Rubelle le había enseñado a hacer, con pinzas de tender y jirones de sacos de pienso. «Tan natural y asqueroso como un puerco revolcándose en el barro», pensó Grace.

Su mejor amiga, Cheryl, no lo había vivido así. Gritó como una descosida cuando le bajó la primera regla. Nadie —ni su madre, ni su hermana mayor, ni su tía abuela— se había dignado a explicarle lo que era inevitable. Lo guardaban en su fuero interno como si fuese un gran secreto que Cheryl no tenía derecho a conocer. La muy tontaina casi se murió del susto cuando vio el charco rojo en su rincón del pupitre y se dio cuenta de que goteaba de su toto. Tiró el pupitre, bajó de puntillas la escalera desvencijada de la escuela y echó a correr hacia el pastizal de Harley, chillando y berreando como un cerdo degollado, mientras

la perseguían las carcajadas de los chicos y los gritos de la señorita Garvey, su maestra.

Grace, en cambio, sí entendía la fuerza de la sangre. La yaya Rubelle se había ocupado de que así fuera, obligándola a mirar la sangre de frente tanto por gusto como por sentido práctico. La yaya sabía, a fin de cuentas, que su nieta recibiría la llamada: una tarde, había tenido una visión tan clara como la luz del día mientras arrancaba las profundas raíces de unos hierbajos venenosos que crecían en la orilla del río, adonde había bajado a buscar comida, a estar tranquila y hacer ofrendas a los espíritus de su madre y de la madre de su madre. En la visión se le habían aparecido las manos de Grace —pequeñas, delicadas, fuertes— girando suavemente, tirando de la cabecita de un bebé que salía de entre las piernas de su madre. Los movimientos, la forma en que los dedos de Grace coqueteaban con los rizos del recién nacido, hicieron que a la yaya se le acelerara el corazón. Pudo sentir la alegría de su nieta como un cosquilleo en las yemas de los dedos, en las palmas de las manos. La yaya se había postrado lentamente de rodillas; palos y guijarros se le clavaron en la gruesa falda que llevaba. Había besado esas palmas y las había apretado —calientes, palpitantes de energía— contra sus mejillas. Allí había amor. Grace continuaría la tradición de las mujeres Adams. Los ancestros de la yaya no mentían. «Enséñale la sangre», le habían susurrado en la brisa, en los rayos de luz que se precipitaban entre las hojas de los árboles. «Enséñale lo que ya sabe.»

La yaya se sacó un trapo del escote, lo empleó para envolver la raíz, las hojas y las bayas del tallo del hierbajo, y, sofocada, apoyó todo su peso en el bastón y se puso de pie con dificultad. Con toda la rapidez que le permitieron sus gruesas piernas, atravesó renqueante la maleza primero, luego la tierra y el césped, dejando atrás el gran peral y la mata de salvia nemorosa, hasta llegar a la casita de madera

en la que había tenido su hogar desde que era niña y donde su abuela le había enseñado los secretos del arte de las parteras.

La yaya entró por la puerta trasera y escudriñó la diminuta casa de dos estancias sin pasillo. Su mirada fue de la cama al pequeño escritorio, y de ahí a la mesa de la cocina y los tres taburetes de madera que el señor Aaron le había fabricado sirviéndose de un roble caído a cambio de que ella le diera de comer los domingos durante dos meses. Luego se fijó en la panzuda estufa de leña y en el enorme hervidor de hierro que hacía guardia sobre el fuego, pero su mirada se desplazó enseguida al rincón que había bajo la ventana que tenía abierta para que la brisa le transportara el aroma de la gardenia que había plantado en el lateral de la casa. Allí estaba Grace, despatarrada como una de las muñequitas de trapo que su madre le había cosido las Navidades anteriores, dando unas puntadas a unas prendas de bebé que la yaya le había encargado que confeccionara para una clienta que ya había salido de cuentas y esperaba al niño en cualquier momento.

—Ven aquí, pequeña —le había dicho la yaya mientras dejaba el fardo que había hecho con el trapo en el aparador de la cocina. Lo abrió con mimo y separó las hojas, las raíces y las bayas mientras Grace se ponía de pie—. Tráele a la yaya Ruby su bolsa.

Grace, que por entonces tenía ocho años y todavía se emocionaba por todo, había volado al armario donde la yaya guardaba su bolsa especial. Alguien iba a tener un bebé y la yaya debía ponerse manos a la obra porque —Grace lo sabía bien— a eso se dedicaba su abuela: esperaba a los bebés y, cuando llegaban, alguien llamaba a la yaya y ella agarraba esa bolsa, se calzaba los zapatos de caminar y jugaba con el bebé hasta que la madre estaba lista para hacerlo ella misma. O algo así.

—¿Qué bebé viene hoy, yaya? —había preguntado

emocionada Grace, mientras se esforzaba en colocar con cuidado la pesada bolsa negra sobre la mesa que había junto a su abuela.

—No viene nadie, niña —le había respondido la yaya. La silla sobre la que se dejó caer crujió cuando la abuela se acomodó en su bastidor. Arrancó entonces un trocito de papel de un periódico que había metido en la bolsa y lo utilizó para envolver con mimo unas bayas. Luego lo guardó en un bolsillito que había cosido en la costura de la bolsa de cuero. Había pensado llevarlas a la casa de Belinda aprovechando que tenía que ir a la fábrica de hielo aquel sábado, ya que la joven embarazada iba a salir de cuentas algún día de las dos semanas siguientes y a una mujer con una barriga casi tan protuberante y ancha como alta era le convenía un empujoncito para recordarle que todavía era una mujer merecedora de afecto. Merecedora de caricias. Bonita. Una mancha de esas bayas sobre los labios se lo recordaría a Belinda, a ella y también a su marido, que según había oído la yaya solía salir de juerga por The Quarters, donde bebía, fumaba, bailaba y olvidaba que tenía a su preciosa esposa embarazada esperándole en casa.

»Ven aquí, pequeña —había dicho la yaya indicándole a Grace que se acercara—. Ponte aquí.

Grace se había colado entre las rodillas de la yaya y había pegado la cara a sus dedos.

—Un día de estos, esta bolsa y todo lo que hay dentro será tuyo —le dijo la yaya, mirando los ojos marrones e inquisitivos de Grace. Luego puso el pulgar sobre el único hoyuelo que tenía Grace, una muesca sutil en su mejilla derecha.

—¿Quieres decir como en mi película, yaya? —preguntó esta.

La yaya se separó de la cara de Grace y frunció el ceño. La niña siempre se despertaba junto a su abuela, se colaba por debajo de su brazo y le contaba los sueños que había

tenido esa noche —los llamaba «películas» porque imaginaba que así sería ver una película en el cine, algo que todavía no había tenido el placer de experimentar, ya fuera por dinero o por no tener el color de piel exigido— antes de que ambas pusieran los pies en el suelo, se arrodillaran, recitaran sus oraciones matutinas y dispusieran el pan y el agua para sus muertos. La yaya siempre la escuchaba con atención, porque sabía de la fuerza de los sueños y comprendía que en realidad no eran sueños, sino un guiño a lo que les depararía el futuro. Mensajes. A veces avisos. La niña había pensado que la yaya se acordaría de ese sueño que le había contado y que tenía que ver con su bolsa de partera.

—¿De qué sueño que tuviste me hablas, niña?

—Iba a contártelo ahora mismo, yaya —dijo Grace con dulzura—. Estaba jugando con un bebé, pero tenía sangre en la cara. Me asusté.

—¿Cuándo tuviste este sueño, niña?

—Hace un momentito, yaya, mientras estabas en el río.

A la yaya tal vez debería haberle sorprendido la visión de su nieta y la coincidencia de la conexión de ambas con lo que les guardaba el destino, pero había aprendido a no cuestionar lo que se presentaba de forma natural y cierta. Había llegado la hora.

—No hay que tenerle miedo a la sangre, niña —dijo la yaya escuetamente—. La sangre está en tu mamá y en tu papá. También en mí y en mi mamá. Tenerle miedo a la sangre es como tenerse miedo a una misma.

Grace sintió algo en el estómago, aunque distaba mucho de su idea de alegría. Se parecía más bien a cómo imaginaba que caía el hacha sobre el cuello de un gallo recién elegido para terminar en la olla. Quiso explicarle enseguida a la yaya que ya tenía la regla; quería saber qué iba a pasar después. Solo podía confiar en su abuela si que-

ría saber la verdad. Su madre, Bassey, había renunciado hacía mucho tiempo a lo que Rubelle le había enseñado acerca de la menstruación decantándose por lo que la Biblia, el pastor y el resto de los hombres tenían que decir al respecto, de modo que prefería callar cuando se tocaba el tema. Lo máximo que pudo sonsacarle fue que la regla era el destino de las mujeres, la maldición de Eva. Pero a la tía esa historia de la tentación, la desobediencia y la expiación —ese cuento de manzanas y serpientes que hablaban con lenguas mentirosas— le traía sin cuidado. De lo que estaba segura era de lo mismo que sabían las mujeres que habían engendrado un sinnúmero de generaciones antes que ella: la menstruación era un regalo. La sangre llevaba los ingredientes de la vida: purificación, intuición, un contrapunto entre los ritmos del cuerpo, la naturaleza y Dios. Que le hablara a su nieta acerca de ello se volvió más urgente cuando las caderas de Grace empezaron a tensar las costuras de su vestido hecho con la tela de algodón de un costal de harina y sus nalgas se volvieron más redondas y generosas.

—Me lo contó mi madre. Me decía: «Cuando te conviertes en una mujer, la luna hace que las olas rompan en la costa en tu honor» —le había explicado la tía a Grace más de una vez—. Decía que Simbi hace un baile en tu vientre.

La tía caminaba hacia la cuerda de tender con una sábana recién lavada cuando vio que su nieta salía despacio por la puerta de la letrina, casi doblada por la cintura. De forma instintiva supo por qué Grace parecía dolorida, pero aun así se lo preguntó.

—¿Qué te duele, niña?

La respuesta de Grace hizo que la tía echara la cabeza hacia atrás y soltara una gran carcajada.

—Ven aquí —dijo tendiéndole los brazos y envolviéndola en su pecho—. ¡Ay, Simbi ha salido a bailar esta no-

che! Baja al bosque y recoge un poco de sauquillo. Deja que la yaya te prepare algo para aliviar el dolor.

Grace hizo lo que le pedía, pero en cuanto salió de la maleza vio a un hombre blanco que montaba a pelo un caballo, fustigándolo con la vara hasta plantarlo prácticamente frente a las narices de su abuela. No se dignó a bajar; solo se dio un toque en el ala del sombrero y fue al grano.

—Abuela, la necesito en la casa. Parece que Ginny está lista para tener al pequeño.

—Buenos días, señor Brodersen —dijo la yaya sin perder la calma. La brusquedad de aquel hombre no la había alterado en lo más mínimo. En realidad, estaba acostumbrada a lo directos y mandones que eran los blancos cuando querían procurarse sus servicios. De hecho, hasta le parecía un poco divertido. Como si estuviera por debajo de ellos, aunque fueran ellos los que se presentaban en su patio, siempre enfadados, siempre desesperados, confiando en que ella acudiría a mediar en el milagro. Dios mío, si la mayoría de esos hombres lo pasaban igual de mal que la gente de color a la que miraban por encima del hombro: no tenían donde caerse muertos ni una tumba a su nombre en el cementerio. Le pagaban en pollos y promesas, como todo hijo de vecino, aunque con la diferencia de que ellos, los blancos, lo hacían con exigencias en vez de con gratitud. Sin embargo, a la yaya los detalles concretos del trato que le dispensaban no le importaban demasiado. Lo único que le preocupaba era su misión divina: colaborar en la llegada segura de una nueva vida al mundo. El color de la piel no constaba en el contrato de su alma.

—¿Cuánto hace que ha roto aguas? —preguntó la yaya educadamente, protegiéndose del sol con la mano mientras levantaba la vista hacia Brodersen.

—Hace media hora más o menos —dijo él.

—¿Y las contracciones? ¿Cada cuánto las tiene?

—Se ha puesto a berrear desde el principio, pero solo había tenido una antes de que saliera para aquí.

—Bueno, no es su primer parto, así que no hay forma de saber si este que viene se tomará su tiempo o tendrá prisa en conocer el mundo, ¿no cree, señor Brodersen?

—Eso parece, abuela —contestó él, empleando el apodo con el que los blancos llamaban a las parteras negras.

—Bueno, deme un momento para ir a recoger mi bolsa y me pongo en marcha. No creo que tarde más de una hora en llegar a su casa, a menos que el viejo Aaron esté por aquí y quiera llevarme. Mientras tanto, ya sabe lo que tiene que hacer: exactamente lo mismo que la última vez que alumbré a esos niños preciosos suyos. Ponga agua a hervir, prepare botellas y sábanas, y haga que su preciosa esposa esté lo más cómoda posible.

—Sí, señora —dijo Brodersen dándose un toquecito en el ala del sombrero.

Dicho esto, salió en dirección a Piney Tree Mill, un aserradero que era la empresa con más empleados en Rose. Para llegar allí, su caballo tendría que cruzar el río Piney por el único puente que había en la localidad, y luego, para llegar a casa, tendría que rodear el enorme edificio de madera y acero, donde los árboles recién talados se descortezaban, cortaban, trituraban y convertían en pulpa, y los blancos se deslomaban lo mismo que los negros, aunque estos últimos recibían un sesenta por ciento menos de paga cuando salían del trabajo el viernes por la tarde. Los blancos usaban ese dinero de más para vivir en una aldea diminuta detrás del aserradero, donde solo se veía a los negros si trabajaban allí para esas familias blancas que llevaban vidas segregadas, en una comunidad segregada, con ideales segregados; y de todos modos, era imposible ver allí a un negro después de que anoheciera. La única que podía pasearse sin peligro por allí era Rubelle Adams, la abuela cuyas manos habían sido las primeras en tocar práctica-

mente a todas las generaciones de vecinos blancos de Rose. A Ruby, aquello ni la hacía sentirse orgullosa ni la avergonzaba. Así era la vida.

Y ahora ya no sería la única negra que podía pasearse por Rose de noche, porque su nieta la acompañaría.

—Ven conmigo, pequeña —le dijo la yaya a Grace haciéndole una seña a su nieta, que estaba paralizada junto al tendedero, esperando a que el hombre blanco volviera a ponerse en marcha—. Voy a hacerte un té y hablaremos un poquito. Ha llegado la hora.

Desde el momento en que la yaya tuvo la visión de Grace trayendo bebés al mundo, se aplicó diligentemente a la tarea de enseñar a su nieta los secretos de las mujeres que asistían en el milagro; sus propios secretos. Y en ese día en que los espíritus tuvieron a bien hacer que su nieta fuera capaz de obrar sus propios milagros, la yaya se llevaría a Grace para que pudiera asistir a su primer nacimiento.

Preparó a toda prisa el té y luego sentó a la niña para que pudiera revisar de nuevo todo lo que guardaba en su bolsa de partera; todo lo que debía contener según la Junta de Salud, donde había obtenido su licencia casi veinte años antes, y también todo lo que debía contener según sus visiones, experiencia y el orden natural de las cosas entre esas mujeres cuyas manos eran sagradas y habían sido ungidas. Esto sirve para esto y este papel para lo otro, esta hierba calma a las madres y esa raíz la necesitas para aliviar sus dolores. La yaya había desgranado el contenido de la bolsa tantas veces que Grace ya se sabía de memoria para qué servía cada cosa; nunca se cansaba de mirar todo el instrumental y se puso muy contenta al pensar que nunca más tendría que colarse a hurtadillas cuando su abuela no estaba en casa para echar un vistazo a esos objetos. Con todo, la idea de que finalmente podría presenciar de primera mano cómo los cuerpos y Dios ayudaban a las ma-

más a despachar los nenes del «lugar sagrado de una mujer» le provocaba una emoción casi incontenible.

Justo en el mismo instante en que la yaya le plantaba en la cara el frasco de yodo, girándolo para que pudiera verlo bien, la madre de Grace —alta, ligera y todo lo elegante que podía ser una chica de campo con poco más que lo que llevaba puesto y lo que cargaba en una pequeña mochila que llevaba a la espalda— entró con paso relajado por la puerta principal de la casa, pensando ensimismada en cómo se las arreglaría para lavar su ropa, planchase el pelo y salir pitando de vuelta a la casa de Willis Cunningham antes de que el sol enfilara su lento baile hacia el ocaso. Fue la voz de la yaya la que la sacó por las bravas de su ensimismamiento. Afiló la mirada cuando reparó en el frasco que su madre tenía en las manos.

—Mamá, no empieces a incordiar a mi niña —dijo Bassey en un tono que no admitía réplica—. No le hace ninguna falta saber eso.

—¿Y qué sabrás tú de lo que le hace falta a la niña? —le espetó la yaya—. Porque por aquí no se te ve el pelo, así que muy enterada tampoco estarás.

—Escúchame, Rubelle Adams. No es asunto tuyo si me paso más o menos por aquí. Siempre igual, intentando convencer a alguien de que se dedique a corretear por el pueblo, parteando embarazadas por un par de dólares o un pollo, o dos si estás de suerte. Ya te dije que no iba a tirar el resto de mi vida así, yendo y viniendo por estos andurriales, soportando los berrinches de esas pobres mujeres mientras dan a luz criaturas que ni siquiera pueden permitirse. Y te aseguro que no quiero eso para Gracie.

La yaya guardó con cuidado el frasco de yodo en la bolsa. Luego hizo lo propio con las fajas rojas, el periódico, la bolsita de hierbas aromáticas, las bayas y la pila de retales de sábanas de algodón. Finalmente chasqueó los labios.

—¿Y a qué te gustaría que se dedicase? —preguntó, al

tiempo que se incorporaba de la silla desvencijada—. ¿Preferies verla correteando por el pueblo detrás de un hombre que no la quiera? ¿Y que ese hombre le ponga un ojo a la virulé en señal de gratitud, por habérsela beneficiado?

Bassey se pellizcó instintivamente la mejilla y puso una mueca al sentir el dolor que aquel gesto irreflexivo había despertado en su piel. Willis había estado de uñas la noche anterior. Ella había procurado calmarlo lo mejor que pudo, pero no antes de que él le diera una de sus *lecciones* por pasarse de insolente.

—Pues prefiero que aprenda a hacer las paces con un hombre que sepa cuidar de ella a que vaya corriendo detrás de esas blancas, lavando sus bragas por unos centavos, mientras tú ayudas a las negras a parir bebés que cuando crezcan también lavarán bragas. No es eso lo que deseo para mi hija.

—Tus deseos no son más fuertes que el destino que le guardan los ancestros.

Bassey sabía que era inútil discutir. Aunque había rechazado la profesión que su madre quería transmitirle, un legado que había pasado de madres a hijas en la rama Adams de su árbol genealógico desde antes incluso de que los barcos derramaran la sangre de su familia en las costas de Virginia, no estaba en condiciones de poner reparos a cómo decidiera la tía criar a Grace. A fin de cuentas, Bassey no formaba parte de aquel mundo. Ya no. Hacía mucho que había reprimido sus propias visiones, y también las que tenía la tía, en lo más hondo de su ser, donde la oscuridad amordazaba a los espectros y sus profecías. No quería tener nada que ver con ellos. No le veía ningún sentido a escuchar sus susurros, a prestar atención a los mensajes que le transmitían cuando soñaba. Sencillamente, no le servían de nada. Bassey prefería, en su lugar, servirse a sí misma. Creía que era la única responsable de su propio destino y que este descansaba en los brazos de Willis Cunningham,

ayudante del pastor en la Iglesia del Nazareno, de cuyo rebaño Bassey era una integrante fiel y diligente, además de primera dama de honor, firmemente convencida de que, si perseveraba, si le obedecía en todo y le demostraba la hondura de su amor, Willis haría bien las cosas, haría lo esperable y necesario, lo que habían dictaminado Jesús, Dios y hasta el propio Espíritu Santo, es decir: convertirla en su esposa. Él le gustaba, qué duda cabe, pero todavía le gustaba más lo que Willis podría hacer para asegurarse de que ella no volviera a tocar nunca más una tabla de lavar, por lo menos no para ocuparse de la colada de esas señoras blancas malencaradas. El respeto que inspiraba, tanto en la Iglesia del Nazareno como en High Plantation, donde trabajaba de capataz y se encargaba de supervisar a un puñado de negros perezosos mientras picaban los tallos de las plantas de tabaco, le granjeaba suficiente dinero y estima como para hacerla a ella acreedora del primer banco de la iglesia el domingo por la mañana, delante incluso de las diaconisas, sus enormes sombreros y sus labios enfurruñados, junto a lady Stewart, la esposa del reverendo Stewart y primera dama del Nazareno, y justo enfrente de Willis, cuya mirada a veces se dejaba llevar por la lascivia y la necesitaba cerca para no perder la concentración cuando estaba en el púlpito.

—Mira, mamá. Hoy no tengo tiempo para hablar de esto —dijo Bassey perdiendo la paciencia. Se volvió en tres direcciones distintas, sin saber qué debía hacer primero—. Tengo que prepararme para la clase de estudio de la Biblia en casa del señor Cunningham y voy a llegar tarde si me dedico a hablar contigo todo el santo día. —Ahora se volvió hacia Grace y suavizó el tono un poquito—. Hija, pon agua a calentar para que pueda asearme.

Una vez más, ahí estaban Bassey y Rubelle, como dos boxeadores enfadados, ansiosos, midiéndose silenciosamente desde sus respectivos rincones; sangre, sudor y mo-

cos, el testimonio de la brutalidad de su furia. Entre madre e hija, lo único que no se había roto eran los huesos.

Así estaban las cosas. Así estarían siempre. Sus espinazos eran tan inflexibles que ninguna de las dos iba a agachar la cabeza. Ambas estaban firmemente ancladas en la persona que eran. Rubelle recibía de su hija el mismo respeto austero que le dispensaba la comunidad a la que servía. Bassey valoraba la pericia de su madre como comadrona y sanadora, aunque para una mujer joven como ella, con ansias de modernidad, pero también de estar arraigada en la Palabra de Dios, aceptar las excentricidades de su madre no era tarea fácil. El hecho de que su madre no quisiera ver ni en pintura la Iglesia del Nazareno, el sitio donde Bassey estaba convencida de que su nueva vida —espiritual y física— había comenzado, la afectaba profundamente. En realidad, Rubelle —esa mujer que traficaba con espíritus africanos, adoraba el correr revuelto de las aguas río abajo y creía que un saco lleno de hojas y raíces sucias podía ser más curativo que la mano de un médico con formación universitaria— le daba vergüenza ajena. La comunidad toleraba su comportamiento porque no había demasiadas alternativas: los hospitales segregados y los médicos rurales blancos curarían antes a una cerda que a un negro, y a fin de cuentas casi todos los habitantes de la parte negra de Rose eran tan pobres que no habrían podido pagarse un tratamiento profesional. Rubelle era todo lo que tenían.

Rubelle sabía que era todo cuanto tenía su hija y le daba rabia que ella se negara a verlo así. Bassey estaba tan cegada por su ambición —tan obsesionada con darle la espalda a su destino— que no podía ver la verdad, y menos todavía la trinidad de peligros que la acechaban y cuya intención era acabar con ella: las ancianas de la Iglesia del Nazareno, que no veían en Bassey más que a una ramera que buscaba atrapar a su amado pastor en la telaraña de mal-

dad y pecado de la familia Adams; los hombres que olían la desesperación de Bassey y disfrutaban revolcándose en ella; y ese Willis, el más tétrico de todos, cubriendo sus mentiras bajo un manto de eternidad con el que luego seducía a Bassey. No le deseaban nada bueno. Rubelle se lo había advertido varias veces, pero era inútil. Bassey era tozuda como ella sola y no había forma de cambiarla.

Madre e hija se habían quedado en silencio mientras Grace se ocupaba del agua. La trataba como si fuera un perfume valiosísimo que tuviera que preparar para la realeza. Tal y como le había enseñado la yaya a hacerlo, Grace cogió una flor de la gardenia y molió sus tiernos pétalos en un puñadito de sal de Epsom. Cuando estuvo satisfecha con el aroma, cogió un pellizco de sal entre sus finos dedos y lo espolvoreó en el fondo de la gran bañera de hierro que tenían colocada en un rincón entre la cocina y la sala de estar. Luego, cuando el agua estuvo bastante caliente, la vertió en la bañera. Tres viajes más a la bañera con agua caliente y unas gardenias como toque final y el baño estuvo listo.

—Mamá, tienes la bañera preparada —dijo Grace orgullosa de sí misma, dando un paso atrás.

Bassey asintió, tiró su esponja al agua y dejó caer el vestido al suelo. Estaba de espaldas a su madre y a su hija, por lo que no vio la sombra de espanto que ensombreció sus ojos. Tenía varios moratones en la espalda y los muslos, una imagen que dolía a todos salvo a ella, porque había estado tan concentrada en prepararse para Willis que no había permitido que el dolor, o su rastro, la detuviera, y por supuesto no iba a entrar ahora en detalles sobre cómo había ocurrido todo, y menos todavía con su madre y su hija. No, aquello les incumbía solamente a Willis y a ella, y punto.

Grace miraba en dirección a su madre, pero sin fijarse en cómo se bañaba. En vez de ello, tenía la vista puesta en la película —en technicolor, grotesca— que se desarrollaba ante sus ojos. En ella, Bassey estaba tendida sobre una ta-

bla de madera puesta entre dos sillas, con las manos descansando junto a los costados de su vestido alisado, el de flores amarillas, su favorito. La yaya le ponía unas monedas sobre los párpados cerrados y le pintaba los labios con bayas. Mamá estaba inmóvil, pero no en paz.

Grace no estaba segura de entender lo que estaba viendo en esa película; de hecho, ni siquiera acertaba a comprender por qué, estando descansada y completamente despierta, estaba viendo una película. Pero la yaya sí lo sabía.

Lo sabía porque estaba viendo la misma película.

—Tenemos que ponernos en camino —dijo la yaya rompiendo finalmente el silencio. Se le quebró la voz, pero ni su hija ni su nieta vieron el agua que se agolpaba en sus ojos—. El bebé de la señora Ginny no va a esperarnos.